

# SE LLAMABA JOSÉ



« Gracias a la Vida que me ha dado tanto. »  
**Violeta Parra**

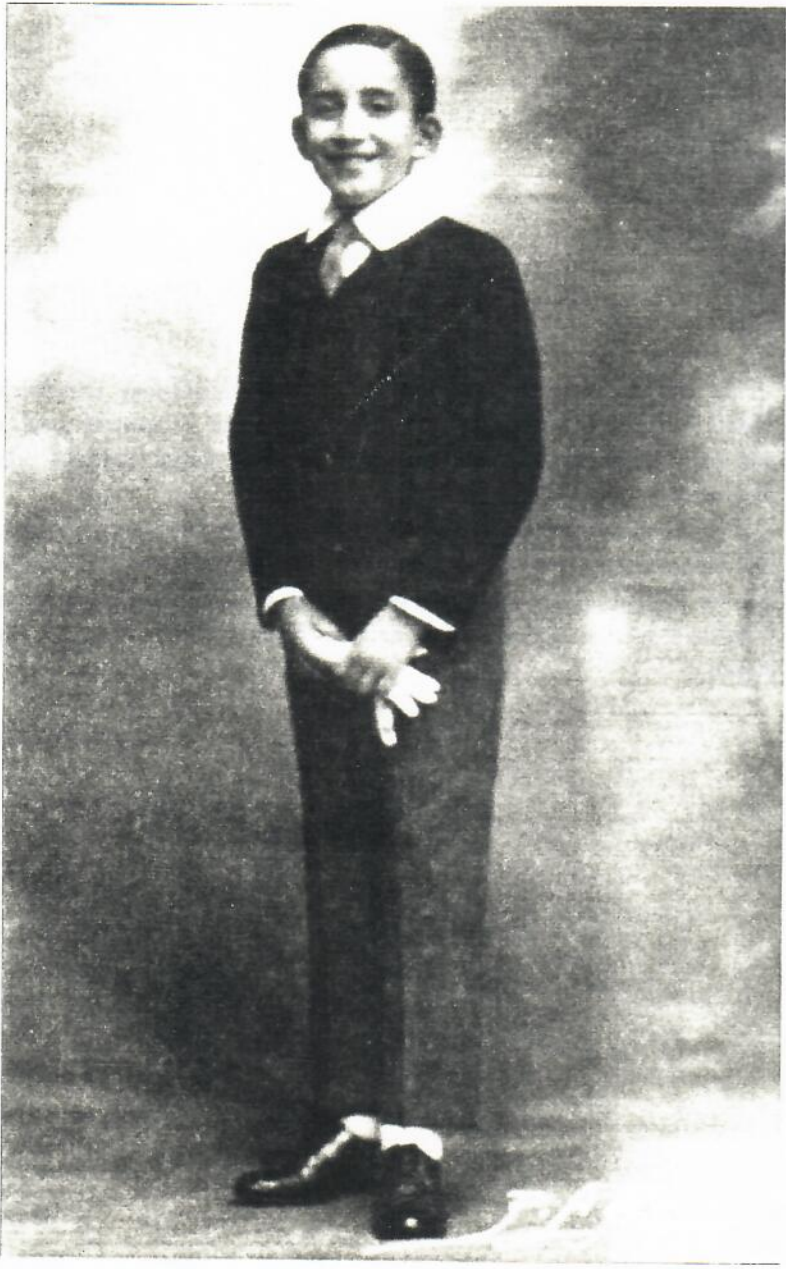
« No rien de rien, no je ne regrette rien. »  
**Edith Piaf**

En unas bellas y certeras palabras escritas por Herman Chadwick Piñera a pocos días de la muerte de nuestro padre, él sostenía que la partida de los grandes hombres sólo se podía suplir con el recuerdo. Ello nos quedó dando vuelta.

De qué significa ser un gran hombre, no corresponde a estas páginas. Que para nosotros lo fue y que queríamos recordarlo eran las dos verdades que nos motivaron a escribir estas desordenas, inconclusas, pero sentidas líneas que hoy- a 365 días de su partida- hemos querido poner en sus manos.

**SUS HIJOS**

Santiago, 3 de junio de 1992



Hacía mucho calor. Las calles estaban sombrías y sólo de cuando en cuando se veía uno que otro grupo de ex combatientes jugando a los bolos. Sin ser adivino, uno podía sospechar que ese verano no sería como los otros. Difícilmente andarían las jóvenes luciendo engreídas sus modelos estivales de sombreros. De tarde en tarde se veía uno de esos fastuosos y comentados bailes a beneficio de alguna institución de caridad. No, los tiempos no estaban para pasear por los parques como si la vida fuera una pertenencia indudable y absoluta, ni menos- por cierto- para confiar en las bonanzas del mañana. Es que el 10 de Agosto de 1917, mientras llegaba al mundo un ser llamado Joseph, el mismo que con el tiempo pasó a ser simplemente José, la capital francesa sufría en carne propia los horrores de la Primera Guerra.

Desde el día mismo que se hiciera presente en el planeta de los hombres, « petit Joseph » se hizo notar. Cuarto y último hijo de don José Manuel Piñera Figueroa y de doña Elena Carvallo Castillo, el niño supo ocupar a la perfección el difícil hueco que le había correspondido en medio de esta curiosa familia de « intelectualizados emigrantes » que- aprovechando la estabilidad del peso chileno- vivían hace algún tiempo en el Viejo Mundo.

Su padre, un abogado ya maduro, era, sin lugar a duda, un hombre especial. Oriundo de La Serena, tras haber hecho algo de dinero en las salitreras del norte, embarcó en el « Principesa Mafalda » a su mujer y su hija mayor de sólo meses rumbo a la pasión de su vida, Francia. Lector furibundo, de pocas aunque certeras palabras y según cuentan las malas lenguas, algo cercano al mal genio, don Pepe legó a su hijo menor mucho más que el amor por la cultura francesa. Fue él, en los furtivos aunque provechosos momentos en que se sentaban- como si el tiempo no tuviera

ni principio ni fin- a debatir en torno a lo fundamental y lo accesorio, el que le enseñó al todavía niño José que muchas cosas son invisibles a los ojos de los hombres.

Que «el hombre es infinitamente superior al hombre» como tantas veces leyeron en Pascal, aunque nadie más que él conoce mejor la miseria humana. Esa fue quizás su gran lección: el ser humano es una maravillosa expresión de las más altas cumbres de la vida, pero a la vez es un ente débil, inconsistente y desconfiable. La gracia estaba en saber gozar de lo primero y asumir con tolerancia y sabiduría aquella otra cara de la moneda.

Y José escuchaba. Acaso iba formando así su maravillosa aunque-reconozcámoslo- a veces agotadora personalidad que lo convirtió en un hombre al cual vale la pena recordar. Porque que era de idea fija, que le costaba- por decir lo menos- comprender que el resto de los mortales no disfrutaban de su desbordante energía, no cabe duda. Pero él era así. Y por lo mismo hacía sonar los teléfonos a las tres de la madrugada para preguntar si uno- víctima inocente de esta agresión nocturna- se había llevado el *Ercilla* número 29 ( publicado dos meses y medio antes de la llamada) en que venía un comentario a la labor de la Corfo!!!

Volvamos al París de fines de los 20. ¿Y qué vemos? Un José cercano a la primera década de su vida, alto, delgado, serio, no precisamente buenmozo, que a través de dos grandes aceitunas negras que le permitían ver, estaba dispuesto a conocer y gozar de los días que Dios le había regalado. Y por último, pero no por ello menos importante, cuentan las malas lenguas que era un niño infinitamente regalón. Es que José- aunque cueste creerlo- era «delicado de salud» como podrían haber afirmado las tías Piñeras que veían transcurrir sus días en medio de la placidez y el encanto de la provincia. Lo cierto es que algo hacía que el menor de los Piñera Carvallo - debido a su debilidad corporal- tuviera que recibir trato especial. Entonces, no era de extrañar que cuando la familia salía a recorrer en tren de segunda los alrededores de París, el «niño» hubiera de ser trasladado en silla de mano por dos de sus hermanos mayores. Y que cuando Marie Luise, Paulette y Bernardino disfrutaban alegremente de las aguas mediterráneas, «petit Joseph» vistiera pantalón, calcetines y hasta chaleco! Es que el niño podía...

Eso sí que para empaparse de todo lo que fuera el mundo de los estudios, al parecer, el benjamín de la familia no sufría de ningún mal. Tanto así que año a año sus padres se inflaban de orgullo cuando el director del Lycée Janson de Saily nombraba los premios de Matemática, Historia, Literatura, Historia de Francia, Ciencia y una y otra vez quien lo recibía era nada menos que « le enfant de Chili ». La satisfacción era en grande. Y no era para menos si uno recuerda que la generación anterior alcanzó hasta el humilde Seminario de La Serena.

### ¡AU REVOIR, FRANCE!

Trajes marineros, calcetines blancos hasta la rodilla, peinado a la cachetada y mucha expectativa fueron algunos de los rasgos que retrataron a esos cuatro adolescentes que al menos sin razón aparente descendieron del Reina del Pacífico incrustados debajo de las polleras de su mamá, esa mujer de sonrisa amplia de la cual sus hijos supieron heredar la sencillez de espíritu y la bondad de corazón. Era la primavera de 1932. Y por cierto si José era el menor y tenía ya bien cumplidos sus quince, los demás no eran precisamente « petits enfants ». « Es que fueron educados a la francesa », dijo la tía Blanca Carvallo que había alcanzado al mismo muelle para recibir a los sobrinos que aún no conocía.

Y la vida les cambió súbitamente a los Piñera Carvallo. De estar todo el día los seis juntos, la tierra a la que pertenecían les abrió un abanico de primos y relaciones nuevas que ciertamente acababan con la tradición de los cuatro junto a papá y mamá. En Santiago habían de entrar en sociedad...

Cosa, que como podía intuirse sin temor a equivocarse, no les resultó del todo fácil. Eran « gansos » como habría dicho abiertamente cualquiera de sus descendientes, sumamente cultos, no seguían precisamente eso que en Chile llamaban moda y lo más importante de todo, traían una impronta diferente: ¡ser libres! Y no es que estas líneas estén dedicadas al menor de los hermanos ni que ese sea justamente mi progenitor, pero el quinceañero José era sin lugar a dudas el más desprejuiciado de todos, al menos en la forma.

Piernas largas y flacas eran las que sostenían a este joven de nariz

acentuada- más todavía con esos anteojos sin lo cual simplemente no veía nada- que ingresó al quinto humanidades de los Padres Franceses de la Alameda. Allí conocería- en forma abrupta, intensa y avasalladora- del ir y venir de la política chilensis: de la caída del general Ibañez, de ese grupo de jóvenes aún pertenecientes al Partido Conservador pero con las alas listas para volar hacia un idealismo propio y cautivante, y de los todavía inolvidables y dramáticos efectos de la crisis ( la misma que los hizo volver a Chile). Y, como era de esperarse en un espíritu como el suyo, inmediatamente se puso a disposición de... construir algo diferente. ¿Qué mejor manera de hacerlo que formándose como ingeniero en la Universidad Católica?

Al parecer, eso pensó José Piñera cuando en 1935, tras un brillante bachillerato, entró por sus méritos a la Casa de Estudios a la que tanto quiso y a la que tantísimas alusiones hizo durante su vida. Quizás pensando en todo el idealismo, voluntad y empuje que puso en su gestión como primer presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, (elegido- como solía bromear con su sobrino Andrés Chadwick, también presidente de la FEUC, aunque- como majadereaba una y otra vez el tío y sonreía otras tantas el paciente sobrino- no fuera electo por los propios estudiantes) fue que a los pocos días de morir, el entonces presidente de la Federación le rindiera un homenaje «por haber sido siempre alegre, siempre idealista y siempre joven».

Y Clemente Pérez Errázuriz tuvo razón, al menos en su tercera apreciación. La verdad es que el señor que fue mi padre derrochaba juventud, al punto de que a veces cuando a las dos de la mañana uno insinuaba un leve cansancio o algo parecido, él precisaba inmediatamente que en ello había una cuota de pérdida de un tesoro indispensable para vivir: la juventud.

Por cierto que al día siguiente, mientras el compañero de traspase andaba apenas, el hacía correr la tina a las 6:30 de la mañana no sin antes haber hecho unas cuantas llamadas «urgentes», repasar los diarios de la semana anterior y prendido un par de puchos que solían quedar a medio consumir en algún lugar nunca determinado de la casa. ¿Resultado? Varias frazadas quemadas, ternos con unos hoyos sospechosos, y la precaución de



tener siempre a mano el número de los bomberos. Los mismos que si no fueron requeridos, fue exclusivamente milagro de la tía Carmela, a la cual la familia- de capitán a paje, pasando por el tío Germán- le atribuía santidad tal capaz de evitar catástrofes como las de las llamas ardiendo, entre otras.

El verano de 1933 fue el primero y ciertamente no el último que los Piñera Carvallo pasaron en La Serena en casa de las tías. Papayas al jugo, confites, succulentos guisos preparados en las trastiendas del tercer patio, camas altas de bronce, pero por sobre todo exceso de cariño era lo que ofrecían año a año la Teresa, la Luisa y la Carmela Piñera Figueroa a los únicos sobrinos que tenían en el mundo. Y ellos cuatro no sólo supieron retribuirles esas sencillas aunque certeras demostraciones de afecto, sino que enseñaron a sus descendientes- (damos por supuesto que los Piñera Echenique y los Chadwick Piñera fuimos educados tanto por nuestros propios padres como por Marie Luise y Bernardino, ese par de tíos sin los cuales no comprenderíamos la existencia)- a quererlas y admirarlas.

¿Sino cómo explicar que en septiembre de 1970, a pocos días de esas elecciones presidenciales que enardecieron tanto a los chilenos, la familia completa se trasladara- y en silencio, lo que es bastante decir- hasta la calle Prat para dar el último adiós a esa tía Carmela que tantos años atrás habíamos aprendido a valorar en su sencillez, en ese saber decir lo justo y en el momento apropiado, en esa mirada a la vida que no conoció el rencor, la ofensa ni menos la aprehensión? No olvidaré nunca la cara de mi papá cuando el más eficiente y expedito correo de América, es decir la tía Marie Luise, lo llamó a Nueva York para darle la noticia.

Por entonces el sobrino menor estaba viviendo quizás el momento de mayor gloria de su vida. Recorrer de madrugada, tarde y anochecida los pasillos de Naciones Unidas, entablar contacto con el flemático inglés, el pintoresco nigeriano, el majadero peruano o la señorita húngara de la cafetería, se convirtió en la razón de ser de su vida. Y como era su costumbre, arremetió con toda su corpulencia- cercana a los 120 kilos- en vivir a todo pulmón lo que en ese instante la vida le había puesto por delante: ser dueño y señor de una isla simplemente fascinante. Muchos años después comprendí que además del sentimiento de pérdida de un ser

excepcional, en ese rostro estaba reflejado el dolor de la partida del último miembro de esa generación progenitora que lo seguía atando a esa tierra a la que amó y se aferró hasta el final.

Por allá por el año 1942 conoció José a una morenita simpática, buenamoza, llena de vida y, según cuenta la leyenda ( y hemos comprobado en la praxis), poseedora de una personalidad y agudeza a toda prueba. Y, como ya hemos dicho, cuando algo se le ponía en mente, para él no existían los peros... En la mañana la llamaba, después de almuerzo le llevaba un regalo y para la tarde, le proponía una ida al biógrafo. Al parecer, la acosada, ese personaje llamado Picha Echenique al que todos no sólo conocemos sino que admiramos y gozamos a diario, respondió al llamado de este joven algo especial, con una fuerza desbordante, sólo comparable a la de ella. Y, como en los finales de los cuentos de hadas, ante la mirada algo dubitativa de don Miguel Echenique y misiá Pina Rozas, se casaron en la capilla de los Padres Franceses. Corría el 1º de octubre de 1944.

### **NACE UN SERVIDOR PUBLICO**

Flamante ingeniero, lleno de disposición para el trabajo, José construiría muchas casas, saldría adelante y consolidaría una situación. En eso estaría pensando cuando junto a Alfonso Covarrubias y Jorge Lyon crearon la empresa constructora Piñera, Covarrubias y Lyon. Las cosas no marcharon todo lo bien que esperaban. Una recesión los hizo endeudarse más allá de sus cálculos y como eran otros tiempos, «en los que las deudas se pagaban», (cosa que hasta el final no se cansaba de repetir) quebraron. Fue entonces que Raúl Sáez, ese hombre de pocas palabras, mirada parca pero que quería a sus amigos, le ofreció ir a formar parte del equipo que abriría las oficinas de la Corfo en Nueva York. El calendario marcaba la mitad del siglo XX. Desde ese día y hasta el día mismo de su muerte José Piñera fue no sólo un empleado del aparato del Estado, sino también un servidor público en el más amplio sentido de la palabra.

Porque se podrían sacar a relucir muchas cosas del José Piñera trabajador; que a veces era hasta atropellador ( sino pregúntenle al actual presidente del Senado); que cuando se le ponía una idea en la cabeza,

resultaba difícil por no decir imposible hacérsela cambiar; que creía que el resto de los mortales compartía sus mismas energías, en fin muchas cosas... Pero hay una que no se le puede decir: que no amaba, con pasión, vehemencia y alma el servicio público. Y quizás por ello, cuando tras una larga, entrecortada e historizada carrera en su adorada Corfo- a la que defendió cual Quijote contra esa tropa de «jovencitos economistas»- fue expulsado de ella, perdió una de sus mayores fuerzas: la del trabajo. Esa capacidad, genialidad, entusiasmo y convencimiento que lo podían tener horas en mangas de camisas, con un café tras otro, con un cenicero repleto de colillas y ceniza esparcida por todas partes buscando salida a un problema, se vio de la noche de la mañana truncada por un simple pero arbitrario y todopoderoso memorandum de la autoridad.

Pero, él contra viento y marea, y me atrevería a decir, contra terremotos e incendios, era camarada. Hacía ya muchos años que junto a un grupo de compañeros de ideales había abrazado la misma Falange que en 1957 se convirtió en el Partido Demócrata Cristiano. Y ello no estaba dispuesto a transarlo por nada. Fue así como ese mismo día 10 de octubre de 1977, mi papá, que desde los primeros bandos militares desconfió y rechazó el Golpe, pasó a ser un activo cesante opositor. Y como tal, créanme que le dio problemas al General.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, cuando junto con el Polo y el comandante en jefe de las fuerzas opositoras, alias José Piñera, fuimos a uno de los primeros «sittings» pacíficos con un par de carteles a medio hacer que denunciaban algunas irregularidades del régimen en medio de la Plaza de Armas? Hasta ahí ello- fuera de que constituyó una más de las cientos de manifestaciones que se hicieron en contra del gobierno pasado- no tiene mayor interés. Pero si agregamos que sentados tímida por no decir aterradamente en las escalinatas de la Catedral, llega en cosa de segundos el consabido guanaco que a más de uno duchó durante la larga estadía del «ocupante» como le llamara el camarada Bernardo, y esta vez arrojó toda su fuerza vital contra los cerca de cien pacifistas distraídos, la cosa cambia, no? A la velocidad del rayo, el Polo y yo, pese a nuestros cuerpos algo alejados de la esbeltez, no se nos ocurrió otra cosa que arrancar a perdersnos. Tras correr a la mayor velocidad que nos daban los muslos Piñera, nos

resultaba difícil por no decir imposible hacérsela cambiar; que creía que el resto de los mortales compartía sus mismas energías, en fin muchas cosas... Pero hay una que no se le puede decir: que no amaba, con pasión, vehemencia y alma el servicio público. Y quizás por ello, cuando tras una larga, entrecortada e historizada carrera en su adorada Corfo- a la que defendió cual Quijote contra esa tropa de «jovencitos economistas»- fue expulsado de ella, perdió una de sus mayores fuerzas: la del trabajo. Esa capacidad, genialidad, entusiasmo y convencimiento que lo podían tener horas en mangas de camisas, con un café tras otro, con un cenicero repleto de colillas y ceniza esparcida por todas partes buscando salida a un problema, se vio de la noche de la mañana truncada por un simple pero arbitrario y todopoderoso memorandum de la autoridad.

Pero, él contra viento y marea, y me atrevería a decir, contra terremotos e incendios, era camarada. Hacía ya muchos años que junto a un grupo de compañeros de ideales había abrazado la misma Falange que en 1957 se convirtió en el Partido Demócrata Cristiano. Y ello no estaba dispuesto a transarlo por nada. Fue así como ese mismo día 10 de octubre de 1977, mi papá, que desde los primeros bandos militares desconfió y rechazó el Golpe, pasó a ser un activo cesante opositor. Y como tal, créanme que le dio problemas al General.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, cuando junto con el Polo y el comandante en jefe de las fuerzas opositoras, alias José Piñera, fuimos a uno de los primeros «sittings» pacíficos con un par de carteles a medio hacer que denunciaban algunas irregularidades del régimen en medio de la Plaza de Armas? Hasta ahí ello- fuera de que constituyó una más de las cientos de manifestaciones que se hicieron en contra del gobierno pasado- no tiene mayor interés. Pero si agregamos que sentados tímida por no decir aterradamente en las escalinatas de la Catedral, llega en cosa de segundos el consabido guanaco que a más de uno duchó durante la larga estadía del «ocupante» como le llamara el camarada Bernardo, y esta vez arrojó toda su fuerza vital contra los cerca de cien pacifistas distraídos, la cosa cambia, no? A la velocidad del rayo, el Polo y yo, pese a nuestros cuerpos algo alejados de la esbeltez, no se nos ocurrió otra cosa que arrancar a perdernos. Tras correr a la mayor velocidad que nos daban los muslos Piñera, nos

preguntamos mutuamente por el Papá que al menos a nuestra vista no estaba. A mil por horas volvimos al lugar de los hechos y, ¿ qué encontramos? Un caballero empapado sentado en el mismo lugar donde lo habíamos dejado y rodeado de seis carabineros a los que no congratulaba precisamente. Luego de un pliego de disculpas, los mismos lo llevaron en radiopatrulla hasta su casa, por cierto, previo un par de cafés y tentempiés en algún boliche céntrico. ¿ Qué se creían, que porque era viejo, jubilado y opositor, lo iban a venir a empapar así como así?

Tantas veces le había pedido al «caballero de arriba» que no se lo fuera a llevar antes de volver a ver la democracia caminando como por su propia casa a lo largo y ancho de Chile que, como en muchas otras ocasiones, Dios lo escuchó. No sólo sobrevivió con un corazón artificial y lleno de tubos en el intensivo de la que pasó a ser su segunda casa ( Clínica Las Condes) el mismo día que los chilenos le decían NO al uniformado, sino que en compañía del flamante subsecretario de Hacienda, alcanzó hasta La Moneda para abrazar fraternalmente a un antiguo camarada y amigo: el Presidente de Chile.

La del jubilado fue otra de las causas que asumió en carne propia, con vehemencia, cuando otra de esas decisiones de escritorio de esos jovencitos que habían hecho estudios en Chicago rebajó las pensiones de aquellos, y aquí cito al propio afectado, « hombres y mujeres que tras una vida de trabajo, esfuerzo y servicio a la patria habían pasado al sector pasivo y a los cuales era obligación (subía el tono de voz) del resto de los chilenos otorgar una pensión digna». No hubo encuentro de estos «caballeros con todo el tiempo del mundo» al que no llegara con su tradicional y nunca impecable traje gris don José. Y cuando sus compañeros de andanzas le decían dígame a su hijo Pepe que nos defienda, el contestaba con la chispa propia que en eso estaba...

### **UN ULTIMO CAPRICHIO...**

Porque en eso sí que estuvo. Si bien mi padre , como le solía decir con toda parsimonia su hijo mayor, era sencillo y en nada pretensioso, sí que era grandioso y generoso, en demasía. Y por lo mismo demandaba el dinero necesario para... nada más que disfrutar de la estadía en el planeta tierra.

¿Y qué mejor manera de hacerlo que viajando y qué mejor lugar en el mundo que esa ciudad con cafés abiertos las 24 horas y en que hasta el último empleaducho habla el mismo idioma de Molière? Su respuesta era clara y categórica: ¡Nada mejor! Así estuviera enfermo, así París estuviera carfísimo, así los doctores no lo encontraran del todo conveniente, así los hijos lo prohibieran, él iría igual a despedirse de la ciudad que lo vio nacer.

Y, como muchas cosas en su vida, logró su cometido. Por cierto a su manera: arrancándose- literalmente hablando- de una tropa de inexpertos espías que, sospechando lo que podía ocurrir, estaba permanentemente al acecho de la presa en acción. Tanto que cuando la Lupe fue ese mismo día poco antes de la hora de almuerzo ( el avión a la dicha despegaba a las 15:45), en vez de confesarle sus verdaderas intenciones, con la simpatía que le era tan propia, la encauzó amablemente a retirarse del lugar. «¿No tienes que ir a buscar a los niños al colegio, o algún problema que atender en la casa tú que eres tan buena dueña de casa, o quizás acompañar a don Nico en alguna diligencia...?» Y la inocente hermana grande, extrañada ante tanta preocupación, decidió irse, no sin un bicho metido adentro.

Lo que jamás pensó fue que antes de las tres horas el dos veces infartado, con enfisema pulmonar, piernas hinchadas y demases iba a bordo de un Air France rumbo a su acuciosamente determinado destino. Ni menos que todo ello ocurriría el mismo día que el primo mayor- en su calidad de tal y haciendo uso de su conocida grandiosidad de corazón (¿a quién habrá salido?) celebraba en su casa y con buffet de primerísima el retorno a la capital del tío Bernardino. Como pueden ver, la familia mantiene aún, a pocos años del siglo XXI, sus buenos rasgos provincianos. ¡Qué le vamos a hacer! Y José se debe haber reído a mandíbula batiente desde el jet que lo transportaba en clase turista por sobre el Atlántico pensando que aún sin su presencia física, estaba siendo el alma ( y la copucha) de la fiesta familiar. Porque que nos gusta el copucheo es otra de las cosas que no podemos negar. ¿O no Marie Luise, o no Marie Paule, o no.....? La lista es larga.

Y campante, como si « aquí no pasara nada» regresó José con un maletín de medallas, santitos y estampitas al hombro. Después de todo fue Catalina Labouré, con los frutos de su humilde pero poderosa santidad, la

que le había permitido hacer esta última gran humorada de su vida. Ella, desde el mismo cielo lo protegió de que no le pasara nada mientras galopaba recorriendo les Champs Elysée, Beabourg, Boulevard Saint Germain, la Pláce du Terre y tantos otros lugares que nunca dejaron de formar parte de su paisaje cotidiano. Entonces lo mínimo que él podía hacer era traernos su imagen de regalo. Por lo demás, desde que lo conocí, siempre traía «cadeaux» iguales para todos, sin discriminación de sexo, color o edad. ¿O no me creerán que cuando yo no cumplía todavía los tres y mi papá llegaba de uno de sus tantos viajes al Africa (de allí la conocida anécdota de que el Negro habría sido traído de esas tierras) recibía el mismo echarpe de seda francés que la Lupe, que ya era toda una señorita o mi mamá que ya no era una lolita?

Una vez reinsertado en la cotidianeidad de Gertrudis Echenique, con el consabido cafecito de media mañana que día tras día le exigía la Lucha, el único problema que había que afrontar era arreglar cuentas con esas simultáneamente « malditas y benditas » tarjetas de créditos que tan bien se habían portado durante el « voyage ». Igual, « lo comido y lo bailado no me lo quita nadie » pensó el viajero cuando hubo de ir a buscar financiamiento para cubrir los implacables y hasta desatinados avisos de pago. Y una vez más, algunas generosas billeteras se pusieron con el « viejo », como le llamó Miguel desde el momento mismo que lo vio por primera vez.

Solucionado ese problemilla, dedicó sus últimas energías a asesorar a Patricio (decir el apellido del Presidente en conversaciones informales está out) en una serie de materias en las que él tenía sendas carpetas de antecedentes guardados de los tiempos de la Corfo. En conversar con quien se le pusiera por delante, sea el Primer Ministro Inglés, un comunista furibundo, la señora que cobra el dinero del culto o el cajero de algunos de esos boliches donde pasaba con frecuencia a « servirse » algo. Y en hacer sus últimos llamados telefónicos a los niños que, « desde que están en puestazos, no se acuerdan del viejo. ¿ Cómo sería si fuera rico? Oh, no quiero ni pensarlo. Andarían de rodillas... » solía decir con esa ironía nunca hiriente que lo acompañó en sus 73 años de existencia.

Y así, en forma casi inesperada, pues habíamos llegado a creer que era

inmortal, una vez vividas sus siete vidas, tranquilo, sin aspavientos, yo diría entregado- en medio de ese mundo tan particular en el que se desenvolvió- poco a poco su espíritu se fue alejando de este loco mundo en el cual, a pesar de esos oscuros y duros momentos que todos sabemos que hubo de padecer, más aún, por encima de ellos, gozó. Es que José Piñera Carvallo amó con pasión aquello que por allá por los comienzos del siglo Dios le había regalado: ¡la vida!

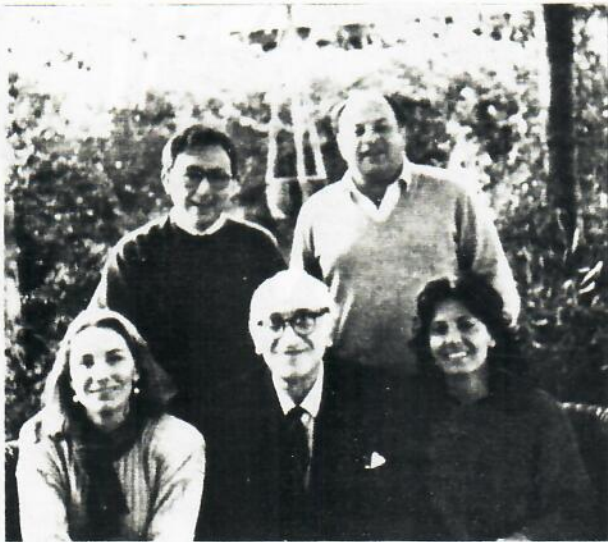
**Magdalena Piñera Echenique**





Momentos para recordar: Arriba, con su familia en 1965, cuando partió a asumir la embajada en Bélgica. Abajo, con su hijo Miguel y con sus hermanos. Y al centro, su mejor herencia: la alegría de vivir.





Con la intensidad propia de su carácter supo establecer relaciones más allá de las edades. Arriba, con sus hijos políticos Cecilia, Gustavo, Nicolás y Francisca. Abajo, con 11 de sus 14 nietos. Faltan Pepito, Cecilia y Olivia.





José Piñera en la tarea de cada día: la lectura de los diarios a la que se dedicaba con pasión.

Conversador infatigable, ni la política ni el arte le fueron ajenos. Arriba, con Radomiro Tomic y Bernardo Leighton. Abajo, con el actor francés Ives Montand.



## ADIOS, JOSE

José Piñera Carvallo, personaje de excepción.

Talento extraordinario, cultura profunda y refinada, simpatía deslumbrante, trato humano cordial y sincero, no fueron las máximas condiciones que lo adornaron.

Tenía otra mucha más valiosa, más noble, más enaltecedora: su inmensa bondad. Siempre pronto a extender la mano al que lo necesitaba, dar consejo sabio y prudente al que lo requería y, pese a que debido a su extrema generosidad nunca le sobraron los bienes materiales, jamás dejó de ejercer la caridad en forma silenciosa y desinteresada.

En su vida siempre exhibió una extraordinaria sencillez, aún en las más altas y prestigiosas situaciones que ocupara, y en su trato no existió diferencia alguna entre el más poderoso o el más humilde.

En una polémica no se le escuchó una palabra destemplada, un argumento violento o una réplica ofensiva. Su inteligencia amplia y poderosa le permitía intervenir en ella, con la sonrisa en los labios, con lo magnánimo de su alma y con la elocuencia de su frase, persuasiva, incontestable, convincente, pero nunca hiriente para su contradictor.

En nuestra juventud fuimos socios: al principio con éxitos promisorios pero con desastres finales. Qué fácil es la convivencia en tiempos de auge y qué difícil en época de fracaso. Siento orgullo por él y por mí, porque en ambas etapas nuestras relaciones siempre fueron cordiales y de intenso cariño, nunca un cargo, jamás un reproche.

Nuestra amistad de toda una vida terminó en los momentos en que se entregaron al reposo sus restos mortales y sentí que se me destrozaba el corazón cuando desde el fondo del alma le dije «Adiós, José».

**Alfonso Covarrubias Bernales**

## EL INCONFUNDIBLE

Tuvimos el privilegio de compartir diez años de trabajo. Pertenecíamos ambos al servicio público, ese servicio que él siempre veneró. Juntos recorrimos muchos países de Europa y los Estados Unidos en busca de créditos para Chile o de renegociar, allá en el Club de París, aquellos que nos afligían. Puedo decir, entonces, que lo conocí bien y, consecuentemente lo admiré y lo quise.

Tenía una inteligencia privilegiada, una admirable tenacidad en las tareas que emprendía y un don de gentes- unas naturales dotes de gran señor- que conquistaban a cualquiera que con él dialogaba, fuera este un encumbrado funcionario, un modesto burócrata o el mozo de un restorán.

Su preparación técnica era amplia, pero la empleaba sin prepotencia; sobresalía por su cultura aunque nunca hacía alarde de ella; era un crítico brillante, pero jamás hiriente o descalificador.

Nunca fue rico, quizás porque era generoso y estaba siempre dispuesto a compartir lo que tenía, sin egoísmos y quizás hasta imprudentemente.

Fue, sin duda, un ser de excepción. Diría que genial y, por lo tanto, con reacciones y actuaciones originales y, muchas veces, desconcertantes. Sus anécdotas son tan numerosas como sabrosas y cuando quienes lo conocieron comienzan a hablar de él, siempre hay un largo, agradable y cariñoso intercambio de recuerdos. En ningún ambiente o circunstancia pasó inadvertido. Por lo demás, su figura imponente, siempre con un cigarillo en la mano, cenizas sobre las solapas de su chaqueta y bajo ésta el chaleco gris, difícilmente pasaba inadvertida.

Recuerdo una vez en que fui a buscarlo al edificio de Naciones Unidas en Nueva York y recurrí a la recepcionista de una sala de espera. ¿Lo

conoce?, pregunté. Me contestó: «No hay un solo funcionario de este edificio que deje de conocer al embajador Piñera: es el más caballeroso y más considerado de todos los representantes. Cuando las sesiones se prolongan hasta más tarde y debemos quedarnos haciendo turno, es el único que al irse viene a decirnos buenas noches.» Es un testimonio que refleja claramente lo que él era.

No se encuentran con frecuencia personajes como Pepe Piñera. Sin duda lo echaremos de menos y más de una vez nos sorprenderemos recordando tantas cosas recordables que nos ha dejado.

**José Zabala de la Fuente**

## EL TIO JOSE

Quise dejar pasar las primeras semanas para escribir sobre el tío José. Quería que la razón prevaleciera sobre la emoción. Sin embargo, me he dado cuenta que las penas de las ausencias crecen con el paso de los días y por ello decidí traslucir- en estas líneas- sólo mis sentimientos.

Son muy pocos los hombres que, movidos por un profundo sentido de la libertad, son capaces de ser como son y no como quisieran los demás. El tío José tuvo la fuerza y valentía de ser uno de ellos y por eso fue un hombre de verdad.

Dio todo lo que recibió. Nada duraba en sus bolsillos y nada retenía en su prodigiosa mente, sin compartirlo. Fue de una generosidad sin límites, capaz de ayudar a amigos y adversarios por igual. ¡Quién no recibió de él la ayuda que le solicitó! ¡Para quien no tuvo un gesto de simpatía que lo hacía inolvidable!

Amó la vida como nadie y por eso luchó por ella hasta el final. Tanto quería vivir que hasta minutos antes de su fin pidió estar sentado en su silla, al lado de su cama, como si quisiera vivir y no morir. Días antes conversé con él y me dio a entender que la lucha estaba terminando pero, que con el mismo optimismo que había vivido, esperaba su fin.

Dios le dio una inteligencia prodigiosa, una cultura superior y una simpatía contagiante. Entendió que de estos dones debería dar cuenta al final de sus días y por ello repartió a raudales durante su vida, en muchos lugares y sin perder nunca un minuto.

Trabajador como pocos no descansó jamás pensando que para ello tendría una eternidad. Su esfuerzo creador y su empuje inagotable los entregó a su patria dejando de lado, hasta el extremo, su interés personal.

La vida jamás lo doblegó y supo vivir con contagiosa alegría los momentos felices y de triunfo que ésta le deparó. Supo también enfrentar con coraje y en silencio las dificultades y penas que cruzaron su existencia.

Lo vi vibrar con el éxito de su familia porque quería por sobre todo a quienes lo rodeábamos. Fue siempre el centro de la preocupación de todos y nunca pasó un día sin que la información familiar no diera cuenta de algún acontecimiento de la vida del tío José. Los hombres grandes como lo fue él, dejan vacíos que sólo pueden llenar los recuerdos. Esto es lo que diariamente la familia está haciendo.

Sé porque lo conocí - como pocos - que su fe profunda y su testimonio de vida lo tienen sentado al lado del Señor y desde allí - viviendo su eternidad - seguirá preocupado por nosotros.

**Herman Chadwick Piñera**



## ¡QUE LE GUSTABAN LAS FIESTAS!

El tío José respondió con magnitud a su vocación cristiana. Sus grandes cualidades, la simpatía, la inteligencia, la calidez y el amor los repartió con generosidad entre tantos que lo conocimos.

Recordarlo hoy, luego de un año de su muerte, es entrar en onda con la vida gratuita. Sus conversaciones nos paseaban con la misma fuerza y enegía tanto al mundo de las grandes ideas, de las grandes ciudades, como al de las anécdotas y de los pequeños gestos cotidianos. Sus bromas, su sentido del humor, sus carcajadas, llenaban calurosamente los espacios y contagiaban rápidamente a los que estábamos allí.

Le gustaba estar en todas las fiestas familiares. Su presencia era activa, movilizadora, sus planteamientos eran desafiantes, atractivos, rebeldes. Admiré siempre su defensa por los más postergados, por los perseguidos. Sus palabras eran verdad porque detrás de ellas había acciones y gestos solidarios con la dignidad humana.

Quisiera destacar finalmente su originalidad, su búsqueda incesante por ejercer plenamente su libertad y la honestidad con que vivió su propia vida.

**Margarita Chadwick Piñera**

## GRACIAS TATA

«Gracias a la Vida»: su frase y canción preferida por diversos razones, pero más que nada porque ésta le había dado todo y, de la misma forma, él dedicó la suya a entregar y compartir con los que estaban a su alrededor, sin preferencias ni límites.

Con sus nietos hizo lo mismo. Ahora que no está entre nosotros me doy cuenta que el tata no fue nunca un abuelo tradicional. Se salía de todos los márgenes gozando como niño chico de los más pequeños detalles. Vivió su vida como quiso- desafiándola en todo momento- y sin importarle lo que los demás pudieran decir.

Recibí de él muchas cosas, pero nunca algo material- excepto sus famosos libros en francés- pero me entregó y enseñó lo que era importante para él: la cultura. Siempre me hablaba de historia, política, economía. También transmitía de que la vida era muy corta y que era mucho lo que debíamos hacer, ya que habíamos recibido bastante.

Me inculcó el respeto por las personas y la libertad para hacer lo que quisiéramos siempre que diéramos el máximo de nosotros para ser los mejores. Por esto y mucho más me siento orgullosa de haber formado parte de su vida y haber recibido muchos de sus valores. Nunca se lo dije a él y me arrepiento de eso, pero sé que me va a escuchar y tiene presente que lo quisimos mucho y nos será difícil olvidarlo.

Gracias tata por todo lo que me diste a mí y a todos tus nietos.

**Lupe Irarrázaval Piñera**

## ERAMOS SUPER AMIGOS, YO CON EL

Lo quería mucho. Me acuerdo que yo iba a andar con él en taxi. ¿Qué más le puedo escribir? También muchas veces yo lo iba a ver. Yo jugaba con las cosas de su casa y él se enojaba y me decía «Saca la mano chicoco» y yo le quitaba el bastón y se ponía rojo. El nació en Francia. Era súper amoroso con los pobres, mandó toda su ropa al Hogar de Cristo. Tenía una nana súper buena que se llamaba Mercedes pero a veces peleaban:

- « Traigame esto, traigame esto otro».
- « Espérese don José. Tengo dos manos no más.»

Un día nos sacamos una foto con él y todos los primos Piñera y él me pellizcó por que yo me movía mucho. Después que él se muriera harto yo lo fui a verlo a una parroquia donde estaba calladito lleno de flores. Estaba la Carola Chadwick, la Marie Luise, el tío Bernardino rezando para que estuviera bien porque como lo querían tanto y además como mi tío Bernardino era curita y era muy hermano de mi tata José, lo venía a visitar para ver cómo estaba en el baúl.

También algunas veces yo con él jugábamos con el bastón. Eramos súper amigos yo con él. También como éramos tan amigos yo a veces lo llamaba. Alguna veces hacíamos cosas como que yo me ponía la pipa como de mentira para jugar con él. Estaba siempre con la Marie Luise. También él me prestaba sus cosas y nada más.

**Damián Valdés Piñera**

## EL REY DE LAS MESADAS

Desde hace un año que ya no recibimos esos llamados telefónicos a las seis de la mañana, incluyendo, por cierto, sábado y domingo. Ni tampoco escuchamos las cotidianas conversaciones donde se trataba el tema de quién iba a pagar las cuentas del tata, ni presenciamos los famosos diálogos con doña Mercedes. Ahora sólo nos queda echarlo de menos. Y, ¡puchas! que nos acordamos de ti.

¿Te acuerdas de las vacaciones miti- mota: la mitad del tiempo en el hotel de Pucón y la otra en el hospital de las monjas alemanas? El otro día estábamos leyendo la agenda de la Ceci y, ¿sabes lo que salía? « El Tata llegó a Caburgua pero no pudo subir las escaleras» (entiéndase que esas sólo las suben los superdeportistas). O, ¿te acuerdas cuando te invitaban los domingo a almorzar y si no lo hacían, lograbas que te invitaran tras varias llamadas? Lo más entretenido de esos almuerzos eran las espectaculares mesadas que nos daba a todos los nietos igual: ¡\$ 100 pesos! ¡La América!

¿Y esos gigantescos cerros de diarios que crecían por día?

Manía que heredó al pie de la letra nuestro papá ¿Y qué nos dices de esas intocables teteritas de bronce que tenían una especie de alarma mágica que gritaba cada vez que uno se rozaba con ellas? ¿Y los olores? Esa pieza con ese inconfundible olor a remedio y esa ropa con ese insoportable olor a naftalina que por siempre jamás nos harán recordar al Tata.

Pero lo que más nos impresionó de ti fueron tus fuerzas y ganas de vivir, cada día, cada momento, era un minuto más de vida. Cada letrero «SALIDA» de algún hospital significaba un almuerzo más con nosotros... Hasta que un día no hubo más letreros y nos dejaste( algún día tenías que hacerlo, no somos inmortales, pero es que nosotros llegamos a creer que lo eras) y Dios eligió ese frío lunes de junio...

¿Sabes que ese día nadie le había querido contar al Seba y el Tobín que te habían llevado los angelitos al lado de Dios y lo supieron por las noticias? Apenas llegamos nos preguntaron si habías conocido a Dios de verdad. Y nosotros le contestamos, totalmente seguras: «evidente que sí.»

También querían saber si los estarías esperando cuando ellos llegaran y les dijimos que de todas maneras y ... con mesadas reajustadas!

Gracias Tata por tu fuerza, por tu fe, por haber creído en la libertad y por tantas cosas buenas que supiste darnos. Te queremos mucho.

**Manena y Ceci Piñera Morel**

## LE PETIT POUCKET

Lo llamábamos « le petit poucet » de la familia, recordando ese viejo cuento de Perrault. En él « le petit poucet » era por cierto el que dirigía toda la familia.

El nombre era bien puesto por mi Papá, pues, en realidad, José siempre tuvo poder sobre todos nosotros. Con su inteligencia, su fuerza de persuasión, su simpatía, nos dirigía a todos. Con Bernardino, en ese eterno movimiento de los soldados de plomo- juego de la época- él era el general en jefe, él organizaba las grandes batallas, Austerlitz, Marango, Rivoli, todas seguidas con un recogimiento emocionado por este « huzard » de Napoleón que era Bernardino. Por sus hermanas, en otro orden de cosas, también era muy escuchado.

... Y seguimos por muchos años los cuatro Piñera, la vida siempre nos hizo muy fraternales, nunca nos separó por mucho tiempo. Nuestro vínculo familiar era muy fuerte. Quizás la niñez en el extranjero, la armonía de nuestros padres, todo contribuyó a esa férrea unidad.

La partida del primero, « le petit poucet », nos dejó perplejos. Parecía increíble que partiera primero, quizás el mejor de los 4: el que supo sufrir con resignación su larga enfermedad, el bueno con todos, el profundamente religioso, el que repartía amabilidad, inteligencia, comprensión, el que supo hacerse de tantos amigos.

Junto con entregar su alma a Dios, José debe haber dicho como Baudelaire:

« Oh Mort, vieux capitaine,  
il est temps, jettous l' ancre  
ce pays nous ennui, O Mort ; aparrellons! »

**Paulette Piñera de Chadwick**

## SUENA EL TELEFONO

Seis y media de la mañana. El teléfono suena insistentemente. Ya sabemos, es don José. Le digo a Sebastián:

- « Es tu papá, contesta tú».

La respuesta casi automática, la conozco de memoria:

- «Dile que estoy durmiendo, que me llame más tarde».

Y con los mismos sentimientos que esta situación me producía cada vez, me decido a iniciar el ritual que por años marcara el comienzo de mis días.

- Aló, soy yo el papá, quiero hablar con Sebastián.

- Don José, soy yo, la Cecilia. Sebastián está durmiendo, trabajó hasta muy tarde anoche y... una risa irónica me interrumpe para dar paso al conocido sermón de cada día:

- ¡Claro! Ahora está durmiendo, más rato estará en la ducha, después que salió corriendo. Me imagino, tendría una reunión con algún ministro o, como siempre, alguien muy importante. Si llamo a la oficina, la pobre Sarita tratará de convencerme de la ininterrumpible conferencia o charla que está dando...

- ¡Por Dios Cecilita! Los he llamado a todos. El Polito, ¡claro! también está muy ocupado. Ahora que es subsecretario... Si no está en Cachagua o deja ese maldito aparato puesto para que después de la señal deje mi recado. La Lupita como siempre muy ocupada. Por supuesto. Yo entiendo. Seis niños, el Centro Abierto, los damascos, el pobre don Nico que perdió la cosecha... La Pichita, ¡Uy, cómo ha cambiado! Ahora que es historiadora, hasta me reta. Una risa simula su impotencia. Y Miguelito, el sabido « te llamo más ratito viejito, estoy durmiendo.» ¡Qué se han creído! ¡Soy

su padre! Y estoy viejo, enfermo y además, pobre, Y de Pepito, ¿quién sabe? Un misterio, tal vez estará asesorando a algún Presidente por ahí... ¡Son todos iguales! Creerán que porque uno es viejo, es idiota.

- No don José. Lo que pasa es que es muy temprano y...

- « Tienen que saber que los viejos nos despertamos temprano. Y, ¿qué quieren que haga? Estoy cesante, si no quieren que los moleste, que me den trabajo, alguno de los tantos directorios que ellos pueden, si quisieran, conseguirme. Si pues, si a los 40 la vida es bien fácil. ¡Todo me lo deben a mí!

Esto era cuando llamaba. Y, paradójicamente, si el teléfono dejaba de despertarnos al alba, entonces nos preocupábamos. Significaba dos posibilidades: Don José estaba triste, enfermo y decaído o... podría haberse ido de viaje, quien sabe adónde, ni con quien, ni por cuanto tiempo, y por supuesto, ¡sin avisar!

Sus llamadas, con todas las recriminaciones, enojos, ironías y amenazas, eran por sobre todo signos de vida. ¡Y de qué vida! Por que si algo lo caracterizó permanentemente era su amor por la vida, que como en los cuentos, no se le dio fácil. ¡Y cómo luchaba por mantenerla!

Ni un infarto lo disminuía en su afán de seguir presenciando las grandes luchas de la existencia que él tenía por vocación compartir y protagonizar. ¿Cómo podía él no estar presente en el triunfo de la Democracia? ¿O de padrino en el matrimonio de Miguelito? Y, había que mejorarse porque después venía el verano y él no podía faltar a Pucón. Porque, aunque estuviera deteriorado en su estado físico al máximo, siempre había una causa que lo motivaba a seguir luchando.

Tengo grabado cuando estuvo su penúltimo verano en Pucón en el que terminó, como de costumbre, en el hospital con una neumonía grave. Estaba en estado semi-inconsciente, con oxígeno permanente, repleto de remedios, tubos y enfermeras. Sin embargo pasó tres días sin permitir que lo acostaran, sentado en una silla, apoyado en su bastón, dormitando. Intentamos sacarle los zapatos para evitar el edema de los pies. No alcanzamos a desabrocharle los cordones cuando un gruñido enfurecido y un bastonazo nos dejó claramente establecido que el que decidía era él. Y su decisión era mantener todas las formas que se asemejaban a la vida



y nada que pudiera significar enfermedad, ni mucho menos, lo que él más temía: la muerte.

¡Qué ganas que el teléfono sonara otra vez!

– Aló don José, qué maravilla oírlo. ¿Cómo está? ¿Es el cielo como su París natal, tan querido? ¿O se parece más bien a La Serena o a Pucón? Me imagino que ya se ha hecho amigo de todos y se juntarán en el club de nubes a comerse algún sandwich o «tentenpié». Y no me diga nada: ¡Ud paga todas las cuentas! Y cómo serán de grandiosas sus propinas! ¿A los juniors, botones, «niños», o estafetas, les habla en francés? ¿Y tienen a mano el número del radiotaxi para poder salir a cualquier hora?

Llámenos todos los días, ¡por favor! Queremos oír su risa fuerte, sus comentarios agudos, hasta sus rabietas y retos.

– ¡No me gusta que me saquen los diarios! ¡Déjenlos ahí!

– ¡Voy a ir a París! ¡Voy a ir a París antes de morir!

– Don José, no puede, está enfermo.

– Allá existe un Hotel de Dieu, mucho mejor que la Clínica Las Condes, además es gratis y más encima me hablan en francés. ¿Qué mejor?

– Pero si el doctor dice...

– Aló Mercedes, está mi papá?

– No, se fue esta mañana a París.

Pero, ¿cómo? si me dijo que lo pasara a buscar para ir a la fiesta del tío Bernardino.

¿A qué hora sonará el teléfono esta vez? Tan sólo para poder decirle, aunque él lo sabe, que lo echo de menos. Porque entre nosotros, si bien no existía una relación constante de encuentros, fue creciendo una especie de complicidad silenciosa y una comprensión implícita de tantas cosas que él sabía que yo sabía que él sabía...

Quizás porque don José representó con su ser y su vida lo más fascinante y misterioso del ser humano: esa dualidad entre lo más débil, vulnerable y casi mísero, y la grandeza y maravilla de las capacidades del amor humano, simplemente lo quise mucho.

**Cecilia Morel de Piñera**

## ¿QUIEN NO CONOCIA A DON JOSE?

¿Quién no conocía a don José en el Club de la Unión? Se sentaba en esa mesa del fondo y ahí pasaba, siempre con sus diarios y sus cigarrillos. Se sabía el nombre de todos los que trabajamos en el Club y, pese a que era importante, nunca fue engreído con nosotros.

Cuando se reía hacía sonar hasta los vidrios. Se comía unos sandwich con huevo frito que según él eran los únicos que « quitaban el hambre.» Con las propinas era todo un caballero, no se andaba con mezquindades. A veces no venía más por un buen tiempo y entonces se le echaba de menos. Luego volvía y preguntaba por cada uno de los garzones.

Era buena persona don José.

**Jorge Proboste Salgado**

la vuelta tomábamos auto. Le encantaba conversar con los choferes de taxi y con el señor del boliche y con el boticario y con el electricista. Con don Valentín del almacén parece que no eran muy amigos.

Don José fue un muy buen patrón conmigo, yo no tengo nada que decir de él. Cada vez que mandaba comprar chocolitos, pedía también para nosotros. Para los dieciocho y la Pascua, siempre supo mandarle un sobre a mis niños. Igual, cuando yo tenía un problema y le pedía, al tiro me pasaba sin preguntar nada.

Nosotros éramos muy amigos con don José.

**Patricia Guzmán Cornejo**

## EL REBELDE

¿Qué puedo decir o recordar de mi padre ahora que se cumple un año de su muerte?

Podría decir y recordar tantas cosas. Sin duda fue un hombre extraordinario, distinto y único. De esos que se notan, marcan rumbos y no viven en vano. Era un hombre extraordinariamente inteligente y culto. Era un hombre que se interesaba y podía conversar sobre todos los temas y con todas las personas. Era un hombre generoso y muy desprendido de las cosas materiales. Era un hippie que se anticipó varias décadas a la revolución de las flores. Era irreverente, llevado de sus ideas y poco respetuoso de las formalidades. Era un hombre bueno, aunque más buenos aun tenían que ser los que convivían con él.

Pero lo que más recuerdo de él era su amor por la vida. Por cada minuto y cada circunstancia. Quería estirar y aprovechar cada día hasta el límite de sus fuerzas y sólo el sueño vencía su voluntad. Era, también, y por sobre todo, un apasionado de la libertad y un rebelde frente a la injusticia.

Ejerció sobre todos sus hijos una enorme influencia. «Hagan lo que quieran, pero háganlo bien. Vivan la vida con amor y voluntad de lucha. El servicio público es la más noble de las profesiones».

Sus palabras, sus gestos, sus caprichos, su cariño, su comprensión y sus excentricidades me invaden la memoria en estos momentos en que recuerdo el día en que, finalmente, bajó la guardia y decidió descansar en paz.

**Sebastián Piñera Echenique**